

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRÁFICA



NORMA TALMADGE

Nº 13

35 Ch.



La Novela Intima
Cinematográfica

PUBLICACIÓN SEMANAL DE BIOGRAFÍAS
DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Diputación 292 BARCELONA

AÑO I ————— NÚM. 13

Biografía

DE

NORMA TALMADGE

BIOGRAFIA DE Norma Talmadge

EN LAS VERTIENTES DEL NIAGARA

Los padres de Norma Talmadge eran leñadores y rudos. Vivían en Falls, la población cercana a las gigantescas cataratas del Niágara. Con trémula emoción esperaban la llegada del primer hijo que colmaría sus ansias paternales. Los esposos se miraban largas horas en éxtasis, atónitos ante el milagro de su amor que iba a tomar forma real y palpable.

Norma fué su primer hijo. Era una criatura dulce y hermosa que iluminó con su maravillosa luz el humilde hogar de los Talmadge.

¡Ah! Ya no le parecía al padre Talmadge tan pobre y sencilla su casita; su vida conocía gores nuevos y apacibles, delicadas armonías de suaves y finos tonos. Cambió con el matrimonio su modo de ser y de vivir. Hasta en-

tonces su existencia había sido monótona y aburrida como una infinita línea recta.

Con el amor todo varió, embelleciendo las cosas que le rodeaban. Adoraba a su mujer, y tras el rudo trabajo campesino buscaba las delicias del propio hogar, la alegría de recluirse en una casa suya donde una criatura femenina vivía únicamente para él.

Norma fué el complemento de esa felicidad. La sonrisa de la niña, su inteligencia clara y despierta, la vivacidad de su conversación, encantaban a sus buenos padres para quienes la vida pasaba sin darse cuenta con la rapidez de las horas felices que se deslizan furtivas y en silencio...

¡Cómo la cuidaban, cómo guardaban su pequeño tesoro! Una indisposición, una de esas dolencias que tienen todos los niños, les producía una angustia súbita. ¡Si se muriera! ¡Si llamara un día, la gran cruel!

El mundo está lleno de peligros para los infantes. No eran únicamente las enfermedades, esas pequeñas partículas de la muerte que viven y se reproducen en la atmósfera; también cerca de allí, las cataratas del Niágara, el inmenso torrente, rugía, saltaba, como si reclamase su presa.

Algunas veces los esposos Talmadge y Norma iban de excursión hacia las vertientes. La niña abría desmesuradamente los ojos ante las cascadas que descendían con furiosa acometida e iban a perderse a lo lejos... Después, durante la noche, parecía sonar en los oídos

de la chiquilla el rumor del agua, la poderosa fuerza de la corriente. Todo estaba en silencio... pero Norma creía oír la canción desesperada de aquel fantástico monte de espuma...

Tenía Norma cinco años cuando le ocurrió un accidente que pudo ser fatal. Era en la primavera; convidaba el día a gozar de las suavidades del aire y del sol. Había salido con su madre, hacia el campo. Verían el Niágara, les atraía la contemplación de aquel panorama único.

Todo le encantaba a Norma, abriendo su alma infantil a las maravillas que la Naturaleza posee para el regalo del hombre. Tenían enfrente las montañas altas y cortadas a pieo del Niágara. Completamente vertical caía aquel mar de blanca espuma, produciendo en el fondo un remolino siniestro. Algunas veces desde allí arriba, hombres atormentados por el destino, buscaban la sonrisa de la muerte. El monstruo cantaba como una sirena, ávida de seducción.

Norma y su madre sentáronse al borde de un camino. La luz de aquel día primaveral parecía penetrar por todos los poros del cuerpo. La señora Talmadge sentía el alma tan ingenua como la de su hija. Reían las dos y saltaban como colegialas en libertad, olvidando la proximidad del peligro.

Y de pronto—¡oh descuido fatal!—, Norma, que miraba al fondo del abismo, resbaló y perdió pie, deslizándose como una piedrecita en dirección al remolino. Todo fué cosa de un



NORMA TALMADGE, en sus comienzos

momento, pero un momento trágico que valió por su intensidad casi una vida.

La madre dió un grito. Lanzóse desesperada tras de su hijita. Se trataba de Norma, lo que más quería en el mundo. El remolino estaba cerca, es decir, la muerte, el irremediable daño. Pidió al cielo la salvación de la pequeña, ofreció su vida por la de aquella flor gentil.

Llegó en el preciso momento en que Norma, agitando sus bracitos de rosa, iba a ser engullida por la veloz corriente. Instintivamente la cogió una pierna y tuvo que hacer un esfuerzo desesperado para no ser arrastrada con su hija. Retrocedió unos pasos; junto a ellas, las aguas embravecidas saltaban salpicándolas de espuma.

—Hija mía... Norma... Luz de mi corazón...

Se abrazaron llorando, llena de emoción la madre, la nena con el castaño del terror...

Cuando por la noche, en la casita, contaron a Talmadge lo ocurrido, besó aquellas dos cabezas amadas que lo eran todo para él...

Al siguiente día fueron juntos a la ermita de Falls donde una imagen de Cristo se ofrecía a la veneración de los devotos. Se arrodillaron ante el rústico altar y rezaron una oración ingenua, ruda como sus almas campesinas, suave con la virginidad resplandeciente de la Naturaleza...

EL BEBE

Norma tenía siete años. Estaba satisfecha, alborozada, con la sonrisa en los ojos y en la boca.

Su madre, mirándola tiernamente, la había dicho:

—Norma, ¿te gustaría tener un hermanito?

Pareció de pronto no comprender la pequeña y sus ojos se encendieron con una lucecita de curiosidad.

—Sí, un niño, un muñeco de carne que hablará y con el que pudieras jugar...

—Un hermanito, un niño?... ¡Vaya si lo deseo!—repuso Norma alegramente—. Lo preferiré a todas las muñecas que tengo ahora...

—Pues lo tendrás, Norma... si el cielo quiere...

No se hablaba de otra cosa que de aquel niño que iba a nacer. Porque sería un NIÑO, indudablemente. Lo esperaban con una ilusión tenaz, pareciéndoles que la llegada de ese hijo varón sería el complemento de su dicha.

Esa dulce esperanza les emocionaba. Norma

esperaba ansiosamente... La madre, pálida y ennoblecida, cosía en un rincón pequeñas y suaves ropas, minúsculas camisitas, insignificantes pañales... No apartaba los ojos de su labor, acariciando aquellas ligeras prendas



NORMA TALMADGE, en una escena de "Corazones errantes"

como si lo hiciera ya con la carne linda de su hijo...

El buen Talmadge cargaba su pipa negra, de fuerte olor, mientras a hurtadillas contemplaba a su esposa. ¡Un niño! Lo veía ya cre-

cidito, sano y fuerte, ayudándole en las faenas de la labranza. El iba envejeciendo lentamente, sus cabellos adquirían el tono de las nieves y ya no podía realizar tan importantes trabajos como en su juventud. Su hijo le sustituiría en la labor, asegurándole el tesoro de una vejez apacible y cómoda.

—¿En qué piensas, mujer? —preguntó Talmadge, volviendo de su viaje a las fantasías de la imaginación...

Ella lanzó un suspiro.

—Pues... en nada.

—En nada... ¿eh?... Apostaría a que estabas pensando lo mismo que yo...

La madre le envolvió en una sonrisa...

—Quizás sí...

Y los ojos coincidieron en las ropas suaves, fragantes, del que iba a nacer...

Nació la criatura. Una cierta desilusión les rodeó. ¡Era una niña! Vió deshecho el padre el plan forjado para el porvenir, la alegría de un hijo varón que había de acompañarle siempre. Sin embargo adoró a la nueva hija con amor pleno y santo, sin ninguna vacilación.

También Norma hubiera preferido un hermanito... pero se contentó resignada con la hermana Natalia... Con sus siete años desvelóse para ayudar a su madre, atendiendo al cuidado de la pequeñita, supliéndola en innumerables labores.

Comenzaba a delinearse su carácter firme y enérgico que más tarde debía ayudarla para el triunfo. Las vecinas comentaban la existen-

cia trabajadora de Norma que había dejado sus muñecas de cartón para adorar la de carne.

Repartía su tiempo entre la escuela y el trabajo. Ganaba en el colegio los primeros premios, logrados sin esfuerzo, sin fatigar la memoria, con las luces de su despejada inteligencia.

Un año después, el Cielo bendecía de nuevo la casa de los Talmadge. Iba a enviarles otro hijo, el tercero. Ahora sí que el padre exigía UN NIÑO. Tampoco Norma hubiera podido resistir otra desilusión...

Sólo la madre, siempre buena, siempre suave, se resignaba ante lo que viniera...

LA TRAGEDIA

Aquella noche tardaba más que de costumbre el buen Talmadge... Jugaban las dos niñas... Norma, satisfecha de tener ya su muñequita viviente pero con la secreta esperanza del hermano que había de venir... La pequeña

Natalia, inconsciente aún para las realidades de la vida, balbuciendo las primeras palabras... La madre acariciaba ensueños, vagas y nebulosas promesas...

Llamaron a la puerta.

—Ve a abrir, Norma; será tu padre.

Pero no era Talmadge, sino Peters, un co-



NORMA TALMADGE, con Eileen Percy, en "Venganza de Mujer"

nocido suyo que trabajaba en las cercanías de allí.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Talmadge, viendo a aquel hombre pálido y sobresaltado.

Temblándole la voz, dijo el recién venido:

—Señora, ármese de valor... Su esposo está herido... un poco grave...

Transfiguróse el semblante de la mujer. En un momento bullieron en su imaginación mil escenas de horror viendo a su marido ensangrentado. Norma seguía con la mirada los movimientos de aquel hombre.

—¡Qué!... ¡Muerto? —dijo, adivinando una gran desgracia.

—No; sólo está herido... pero corra... no perdamos tiempo... Un árbol ha caído sobre él... Está allí, en casa de Milders...

Seguida de sus hijas, la madre, con Peters, emprendió veloz carrera. Norma se daba cuenta del infortunio... Su padre, quizá a aquellas horas habría muerto.

Cuando llegaron a la casa de Milders, éste salió al encuentro de la mujer:

—Señora, su pobre marido... ya ve usted...

Entraron en una habitación que olía a emanaciones de farmacia. Sobre un lecho estaba Talmadge, inmóvil, con la cabeza vendada.

—¡Talmadge! Contesta... ¿No me oyes?

El moribundo abrió los ojos... Sus labios balbucieron con ternura:

—Mary, hijitas... Incorporándose con dificultad, con voz casi imperceptible continuó:

—Ya veis... no puedo conocer a mi nuevo hijo... Norma, escúchame: sé buena... Ayuda a tu madre, siempre, siempre... Hasta que mi otro hijo, el varón, sea mayor...

Unas horas después moría... Norma, apre-

tando contra su corazón a la pequeña Natalia, experimentaba como un sentimiento nuevo, paternal...

MISERIA

En circunstancias bien dolorosas iba a nacer el nuevo hijo. El padre muerto, la miseria que acechaba...

Nació ¡¡otra niña!! Pateó y lloró furiosa Norma ante los cálculos que fallaban.

La madre besó con ternura a la pequeña, llamada Constance.

—¡Pobre papá! —se dijo Norma—. Si hubiera vivido tampoco habría visto realizada su ilusión... ¡Tanta falta como hace para nosotras, mujeres solas, un muchacho!

Pero contemplando a Constance, un sentimiento de cariño la llenó de bienestar:

—Tú no tienes la culpa... Y puesto que yo soy la hermana mayor, he de velar por ti.

Vendieron las tierras de su padre y sortearon durante algunos años las dificultades de la escasez. Crecían las niñas y en Falls eran

casi nulos los medios de ganarse la vida. El único remedio era marchar a Nueva York, abandonar la tierra que guardaba tantos recuerdos, donde estaba "papá".

Por última vez la señora Talmadge y su



NORMA TALMADGE, en una escena de
"Canción de Amor"

hijas contemplaron el panorama de Falls, los bosques umbríos, las cascadas del Niágara... El tren las condujo, después de algunas horas, a Nueva York, ciudad tentacular que aprisiona con sus dedos ensortijados a tantos millones de almas...

Los primeros tiempos fueron rudos, con tristezas de mujeres abandonadas a las que falta el apoyo de "papá". La señora Talmadge trabajaba infatigablemente. Norma la sustituía en los quehaceres domésticos como una



NORMA TALMADGE, con Harrison Ford, en una
escena de "Redención"

mujercita bien convencida de su situación...

Pasó algún tiempo. Norma, que comenzaba a ser una mujer, entró de aprendiza en una casa de modas. De aprendiza pasó a media

oficiala, luego a oficiala, teniendo que ganar a pulso un escaso jornal.

Prematuramente envejecida por el dolor, la madre Talmadge sólo podía ahora cuidar de la casa. Norma lo era todo: el sostén, la ayuda, el amparo. Las dos hermanas menores comenzaron sus estudios en el Liceo Erasmus-Hall. Natalia, suave, con un sentimiento innato de coqueta que se transparentaba en mil pequeños detalles; Constance, de carácter masculino, como si el espíritu de aquel "varón" que había de nacer hubiese encarnado en ella.

—¡Qué chiquillas esas! —decía la señora Talmadge viéndolas jugar y reír en pleno alborozo de juventud. Y luego, sentando en su regazo a Norma, continuaba:

—Tú no eres como ellas, hijita... Ellas no comprenden aún la inmensidad de la pérdida sufrida. Tú sí,... tú, cuando sólo eras una niña, ya tenías corazón de mujer...

—Es verdad, madrecita. Aquel día terrible en que pasó aquello, sentí como si mi infancia se marchara y algo nuevo viviera en mí...

—¿Qué hubiera sido de nosotras sin ti, Norma?

—¡He hecho tan poco!... Ese trabajo de taller se paga tan mal... ¿Cómo salir de ese atolladero?

—Tengamos un poco de paciencia, Norma. No puede durar siempre la escasez. Tus hermanas irán creciendo y pronto estarán en disposición de contribuir a los gastos de la casa.

—No; son tan niñas aún para el trabajo...

Esperemos; siento que algo hará variar nuestra situación...

Norma pasaba por las calles animadas de Nueva York, hermosa y atrayente, con la sonrisa en los labios. Algunos transeúntes se volvían a su paso, viéndola tan gentil... Pero ella sólo tenía ojos para los suyos; se debía a su madre y a sus hermanas...

ARTISTA DE CINE

El coste de la vida, cada día más dificultosa, obligaba a Norma a aumentar su trabajo.

Un día, al regresar de su taller, mirando a su madre con ojos alegres, dijo:

—Toma, madre: aquí tienes el salario de toda una semana que acabo de ganar en una tarde...

Y acompañando la acción a la palabra, depositó sobre la mesa del comedor un montoncito de dólares.

—Hija mía... —Y el semblante de la señora Talmadge se ensombreció —. ¿Cómo ha sido esto?...

—Sí, mamá; terminó el período de miseria. Ahora, a vivir...

La señora Talmadge contempló fijamente a su hija. Norma era un precioso capullito de mujer. Tenía 16 años. En la gran ciudad, las



NORMA TALMADGE, con Eugène O'Brien, en una escena de "Corazones errantes"

seducciones diariamente se apuntan jornadas de victoria.

Pero Norma, sonriente, lo aclaró todo:
—Pasaba ante el edificio de los estudios "Vitagraph" cuando he visto en la puerta un cartel que decía: "Se necesitan comparsas".

Entré, posé ante el objetivo y me contrataron. Mañana mismo me despidió del taller. Y a ganar dinero, mucho dinero... A ser artista...

Fué así, sin fantasías ni extravagancias, como Norma ingresó en la cinematografía.

LA ASCENSION

No esperen los lectores un éxito vertiginoso como el de otras "vedettes" cinematográficas. No llegó a la cúspide de la gloria como algunas artistas que brillaron con esplendores de luz propia poco después de ser contratadas. Norma fué subiendo poco a poco, de comparsa vulgar a "seleccionada", de allí a "segunda", y así sucesivamente hasta llegar a "star" y de las más rutilantes.

Esta penosa ascensión duró siete años y "ataseóse" bastante tiempo en los 25 dólares semanales.

Lentamente su arte soberano y dramático, su tentadora belleza, fueron abriendose camino. Tuvo que sufrir durante los primeros tiempos las humillaciones de los directores y em-

presarios, el desdén de las artistas ya consagradas que pasaban altivas como diosas ante las anónimas mujeres de la comparsería. Todo lo sufría en silencio, pensando en los dólares semanales que eran el sostén de su familia y luego, confiada en que, más tarde, podría escalar las altas cumbres del triunfo.

Alguna vez regresaba a casa de mal humor:

—No soy nadie allí, una de tantas... ¿Es que habré de pasar la vida de esta manera?...

La vieron ascender con asombro. Dejó pronto muy atrás a las mujeres que permanecían años enteros como comparsas. Suscitó algunas envidias, incapaces de llegar hasta ella. Meritaba el triunfo. Las estrellas más prestigiosas consideraban ahora como su igual a esa hermosa mujer.

Sus grandes producciones son "La invasión de los Estados Unidos", "La Secretaria privada", "Corrupción". Más tarde, contratada por Selznick, filmó "La Sonrisa de Evelina", "La irresponsable", "El fantasma que pasa", "En la noche" y otras que la ponen a una altura envidiable entre el mundo de luz de las estrellas de la cinematografía.

Con mano maestra puede ahora devolver los golpes que recibiera en sus primeros años. Elegante, guapa, una corte de adoradores le rinde el homenaje de su admiración.

Se enamora de ella Mr. Joseph Schenck. Es un hombre de negocios y artista al propio tiempo. A Norma no le es indiferente este enamorado. Pero no quiere casarse; no abando-

nará a su madre y a sus hermanas, mientras no pueda cumplir una promesa que un día hizo a su propio corazón...

Recuerda que en los años de escasez, en los períodos de miseria, su madre le había dicho



NORMA TALMADGE y Jack Mulhall, en "Venganza de Mujer"

muchas veces:

—Si yo gozara de 200 dólares al mes, sería feliz.

Y quiere dar esta alegría a su madrecita. A ahorrar, a atesorar, a ser parca en los gas-

tos, hasta que llegue el día en que pueda anunciar con estrépito a su madre que ha depositado en un Banco el capital necesario para asegurarle aquella renta tan deseada...

Mientras, acalla la voz de su alma, se resigna a esperar dulcemente... Y su espera no es cruel, no es triste, no es desesperada. Al



NORMA TALMADGE, en una escena de "Canción de Amor"

propio tiempo que cumple con un deber, se siente adorada cada vez más intensamente por Joseph. Su juventud se desliza entre el amor, el arte... y el amor...

Hasta que puede decirle a la viuda Talmadge:

—Madre, te doy lo que soñabas... Ya tienes

asegurada la vejez tranquila y dulce... Ahora, déjame ser feliz... Amo, madrecita, amo; ¿comprendes?...

Y la vieja llora y estrecha contra su corazón aquella hija noble y santa... Y piensa en el padre... que sería feliz viendo todo esto... En el padre que reposa allá en el paisaje encantador de Falls...

De este modo, Norma, convencida de que es adorada por sí misma, pasa sin un céntimo a los brazos de su amado...

ESPLENDOR

Efectuaron un largo viaje de novios... Anduvieron por las grandes ciudades de la República... Y visitaron Falls donde nació Norma... Del brazo de su marido, recordaba los detalles de su existencia de niña... El remolino que iba a engullirla... la casa de los padres... el campo trágico donde muriera "papá"... La emoción penetraba en su carne en oleadas de fuego...

—Todo pasó, Joseph... Ahora tú eres mi vida, mi todo... Hazme feliz...



NORMA TALMADGE, con Eugène O'Brien, en una escena de "Secretos" (El Diario de mi vida)

—¿Lo dudas, amor?...

De regreso a la capital, su esposo creó la empresa "Norma Talmadge Productions", editando entre otras películas "The branded Woman", "The passion flowe", "The sign on the dor". En todas ellas, Norma muestra los esplendores de su arte mágico y seductor.

Su existencia adquiere actividades inusitadas. Ya no es sólo la artista, sino la directora, la que está en todos los detalles, la que se ocupa de la propaganda personal. Y como es instruida y culta, escribe artículos, colabora en revistas, de una ojeada sabe distinguir lo bello de lo vulgar aunque éste se esconda bajo oropeles.

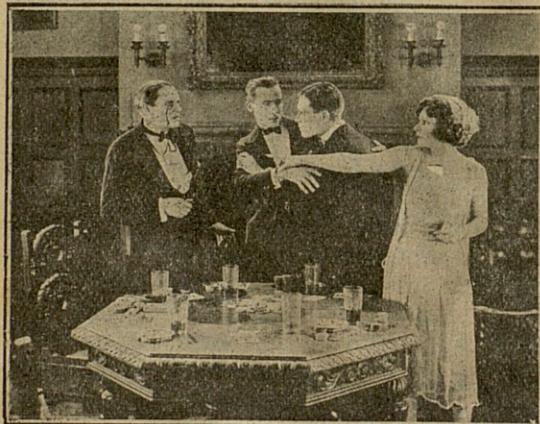
Sus hermanas han encontrado en ella la más decidida protectora, el hada benéfica que las ayuda en los caminos de la vida. Constance triunfa en la pantalla; su arte personal y exquisito adquiere rápidamente luz propia. Natalia es la "administradora de la compañía". Y las tres hermanas se quieren con un amor que es la admiración del mundo.

Gana millones, la fortuna no deja de vaciar sus arcas sobre ella. Su refinado culto a la elegancia la obliga a efectuar un contrato con Lucien Lelong, el gran modisto parisense, para que le mande mensualmente dos modelos. Es elegante sin afectación, sin extravagancias risibles. Las damas principales de Nueva York imitan sus modelos y su porte.

En verano, Norma y su esposo abandonan Nueva York para buscar en la villa de River-

side Drive el merecido descanso. Fué allí, durante estos últimos años, donde adquirió Norma la soberbia quinta de Pearl White, situada en Bayside.

Una amiga de Pearl ha contado pormenores de la gentil compra-venta de la finca. Aquella operación que importaba millares de



NORMA TALMADGE, en una escena de "Redención"

dólares, no la realizaban hombres duros y enfrascados en los negocios, sino mujercitas de arte, encantadoras muñecas femeninas que manejan los números con coquetería y serenidad.

Eran dos modalidades, dos caracteres artísticos opuestos. Pearl White, rubia, de ojos azules, algo excéntrica y decidida; Norma Tal-

madge, dramática, fascinadora, de cabellos negros y ojos de color castaño.

Desarrollaban con habilidad el engranaje complicado de la operación. Las armas de Pearl, sútiles y finas, sus argumentos empleados para sostener un precio de venta firme, eran rebatidos por Norma con calma, con tranquila lentitud, analizando una por una las partidas hasta lograr rebajas considerables.

—Me declaro vencida, Norma—dijo Pearl; —contigo es imposible la lucha en el terreno comercial. Prefiero hacerlo en la pantalla...

—Y yo — repuso Norma sonriente—. Me gustaría la emulación contigo... Admiro tu arte y... a toda tú... Pero ahora... sabes... se trata de negocios y hay que ser justos...

De este modo, Norma, que ganaba batallas en el cine, también en el terreno resbaladizo de los negocios imponía su férrea voluntad, su firme posición de acero...

EL HIJO

Todo lo tiene Norma: fortuna, gloria, amor, homenajes, sonrisas rendidas... El mundo parece suyo... Y la vida, complaciéndose en favorecerla, va a darla un hijo.

Es el momento más trascendental de su existencia. Su madre, la viuda Talmadge, no se separa de ella. Siente ya la emoción indecible

de la vejez, el amor de los abuelos que robustece el corazón como en los lejanos tiempos juveniles.

—Quiero un niño—dice Norma... Un niño que papá hubiera deseado y tú también y en



NORMA TALMADGE, en una escena de "Secretos"
(El Diario de mi vida)

casa no fué posible... Pero ahora lo tendré...

—Norma—le responde la madre acariciándola con ternura...—No es un niño ni una niña lo que tú debes desear, sino simplemente un HIJO... Acuérdate de nuestra familia... Tu

padre fué esclavo de la ilusión de tener un niño para que la opulencia y el bienestar llegaran a nuestra casa... Y ya ves... Sois vosotras, tú particularmente, las que realizáis con vuestro esfuerzo aquella labor que creyó papá estaba reservada a un varón... Pide a Dios un hijo, que sea bueno... y El proveerá...

Es indescriptible la tensión nerviosa que agita el corazón de los Talmadge en vísperas del nacimiento. Joseph saborea anticipadamente la dulce embriaguez paternal. Y viene el hijo... ¡NIÑO!

Norma llora de emoción, besa al tierno cíppulo de carne... Y piensa en su vida, en su esposo que está junto a él, en su madre y hermanas que sonríen. Y en la gloria de sus triunfos. Y en el buen papá que se estremecería de gozo si pudiera ver a ese nieto, al hijo de su hija...

Narración y Recopilación RENZO

P. D.—No extrañen nuestros amables lectores que no hablemos aquí del actor Ricardo Talmadge, pues en cuantas biografías de Norma consultadas por nosotros, no se hace mención del citado artista. De modo que ignora-



Un bello perfil de NORMA TALMADGE

mos el parentesco que pueda existir entre Ricardo y las hermanas Talmadge.



Durante esta temporada 1925-1926, la casa "Gaumont" presentará las siguientes superproducciones de esta gran artista que se ha convertido en estos últimos tiempos, gracias a sus bellas creaciones, en la intérprete ideal de los conflictos sentimentales: "Corazones errantes", "Venganza de mujer", "Secretos, (el diario de mi vida)", "Cenizas de Odio", y alguna otra de la que no se conoce aún fijamente el título.

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

NÚMEROS PUBLICADOS: 1, Alice Terry.—2, Rodolfo Valentino, -- 3, Lillian Gish. — 4, Antonio Moreno. — 5, Gloria Swanson.—6, Tom Mix.—7, Viola Dana.—8, Milton Sills.—9, Raquel Meller.—10, Harry Carey (Cayena).—11, Dorothy Dalton.—12, Douglas Mac Lean.—13, Norma Talmadge.

La exclusiva de venta de esta publicación la tiene la Sociedad General Española de Librería, Diarios, revistas, etc... Barbará, 16 - Barcelona - Ferraz, 21 - Madrid.

LE RECOMENDAMOS COLECCIONE
LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES
CINEMATOGRÁFICAS:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Film

La Novela Femenina Cinematográfica

Indiscutiblemente las mejores que existen en
el mundo, en su género.

PROXIMO
NUMERO

BIOGRAFÍA

DE

ROD LA ROCQUE

PROFUSIÓN DE DATOS Y
FOTOGRAFÍAS

•

POSTAL REGALO:
LA DE ESTE ARTISTA

•

Precio: 35 Cts.

